

¡Qué hermosa y decidora es la poesía de Marín! ¡Cómo sugestionada y cómo mata la sensibilidad del lector que busca en Marín al poeta del romance!

La originalidad de Juan Marín en su novela *Naufragio* subyuga, atrae y entusiasma.—E. Sanin Rivera.

<https://doi.org/10.29393/At343-344-23ALMG10023>

“EL ÁNGEL Y EL LEÓN”, de Enrique Espinoza, Babel,
Santiago, 1953

Ya en otro comentario a un libro de Enrique Espinoza empecé aludiendo a su estilo. En el volumen de que ahora me ocupo su estilo atrae de nuevo la atención por su agilidad, sobriedad y unidad. Tres virtudes conducidas por un tono viril a toda prueba. Casi, casi diría que vigila demasiado cualquier asomo de blandura o matiz sentimental en su expresión. Esto, quizá, porque debe reconocerse a sí mismo como lo ven sus amigos: un sensitivo. No de aquellos que sufren caídas lánguidas, sino de los que se salvan sonriendo siempre a tiempo.

En más de una ocasión Enrique Espinoza ha sido tachado de poco adicto al grupo hebreo de que proviene. *El ángel y el león* es una prueba de que si su autor ha fustigado alguna vez la susceptibilidad semita, ha sido porque dirige sus baterías al fanatismo dondequiera que éste se halle entronizado. Rindiendo homenaje a Heine, Rathenau, Kafka, Einstein y Gerchunoff defiende al talento, la bondad, la inteligencia y el genio de la estupidez de quienes los niegan por el mero hecho de integrar sus poseedores la raza judía.

¡Oh, la raza! Concepto el más paradójal. *Exempli gratia*: Albert Einstein, cumbre de la ciencia contemporánea, es judío. La más pura y talentosa intérprete de las arias de Bach en nuestros días, Marian Anderson, es negra. Y algo más: se dice que las geishas en el Japón, rechazan a los occidentales porque la piel blanca no huele bien.

Amén de los autores de origen hebreo ya nombrados, Enrique Espinoza enfoca a Turguenev, Jacobsen, Flaubert, Maupassant, André Gide. El gran poeta de los *Reisebilder*, Heine, es abordado como hombre, como revolucionario y como prosista, cuya influencia alcanza hasta nuestro continente, según lo demuestra Espinoza. En pocas líneas muy agudas nos cuenta la peregrinación del joven autor del *Libro de los cantares* para conocer al genio de Weimar. Mientras aquél hace una jornada temblorosa, Goethe sólo anota en su diario: "Heine de Gottinga". Nada más.

Hallamos finalmente a Heine junto a otro coloso: Carlos Marx, al que lo une franca y hermosa amistad. Porque lo cierto es que al más grande satírico de su tiempo lo ha caracterizado siempre un magnífico amor a la libertad.

El ensayo titulado "La tragedia de Walther Rathenau", tal vez el más logrado del volumen, va envolviendo la gran figura del primer judío inmolado al fanatismo racial prusiano hasta dejarnos frente a frente de aquel hombre dramáticamente solo en su amor a la patria que lo repudia.

¡Qué distinto el caso de Turguenev y su abuelo que atravesó los mares, y el de Jens Peter Jacobsen, el maestro de Rilke! De ambos nos habla Espinoza con admiración bien fundada.

También logra presentarnos al personaje que todos admiramos con solemnidad, Einstein, bajo un aspecto humanizado de hombre perfectamente accesible. Tal vez dolido de la irremediable abstracción de su ciencia, el sabio ha exclamado en una ocasión: "Nada más censurable para mí que la ciencia sólo para los hombres de ciencia. Es casi tan malo como el arte sólo para los artistas o la religión únicamente para los sacerdotes".

Flaubert y Maupassant aparecen bajo el título: "De tal maestro tal discípulo". El primero llega a sentir por el segundo un real afecto paternal; asiste durante una década a su formación literaria. Enrique Espinoza nos habla detenidamente del hecho hasta llegar a la época en que "el tono de la correspondencia de ambos escritores se vuelve cada vez más íntimo". El joven echa de menos con fre-

cuencia al viejo: "Tengo enorme necesidad de conversar con usted. Mi mente está llena de cosas que decirle. Estoy enfermo de esta larga continencia del espíritu como se puede estarlo de una castidad prolongada". El autor de "Soledad", aquel cuento que tanto conmoviera a Tolstoi, escribe al final de su vida que querría estar muerto si estuviera seguro de que alguien iba a pensar en él como él pensaba en Flaubert.

El estudio sobre André Gide contiene una semblanza bastante completa en unas dieciséis páginas. Lo vemos desde la época lejana en que lanza su mensaje finisecular todavía vigente, según Espinoza, para nuestra juventud. Gide asegura en 1908 a los fanáticos adoradores de Wagner que éste "ha permitido a una cantidad de *snoobs*, de literatos y de necios, creer que aman la música". Y todos recordamos su valiente "Regreso de la U.R.S.S." En cuanto a su Diario, Espinoza estima que "es el espejo de una *Summa* personalísima que ilumina un montón de problemas de ayer, hoy, de siempre".

Alberto Gerchunoff arranca al recuerdo de su compatriota una acabada página inicial. Gerchunoff cuenta sin duda entre los mejores ensayistas de la nación vecina y era un gran amigo de Chile.

Y ahora detengámonos un momento en Kafka. Espinoza nos obsequia esta sentencia del demonio inasible. "La Escritura es inmutable, y a menudo las glosas sólo expresan la desesperación de los glosadores". Por su parte, agrega: "El mundo subterráneo de Kafka, como el de Dostoiewski, anticipa el que le ha tocado escuchar a las generaciones de ambas postguerras".

Kafka... *La metamorfosis* le parece a quien esto escribe un desacato al linaje humano. Sin embargo, ¿cómo negar la originalidad profunda de su genio literario? Sólo un émulo le divisamos: Gerardo Bosch, el pintor. Ambos nos arrancan sin miramientos del sosiego burgués. Coléricos nos volvemos al contemplarlos, pero callamos porque son dos hitos de la historia misteriosa del hombre.

Enrique Espinoza observa: "¿Qué importa que a izquierda o derecha, se denigre o elogie la espléndida obra de Kafka?" Y termina por acercarnos llanamente al inquietante escritor traduciénd-

donos su nombre: Francisco Cornejo. Ni más ni menos. Como cualquier hijo de vecino.

El ángel y el león es un libro lleno de anotaciones precisas sobre obras y autores de primera magnitud, en el que todo gustador de las letras hallará complacencia y no pocos aportes a la ilustración literaria.

Quienes contemplan atentamente el movimiento literario de nuestro país observan, con raras salvedades, un mismo viejo fenómeno: el éxito de libros cuyo valor intrínseco es más que dudoso, paralelo a la resonancia casi en sordina de otros, resonancia que llega sólo al oído alerta de los auténticos amantes del arte literario. Pertenecen a los segundos los libros de Enrique Espinoza, cuyos estudios se caracterizan por su honradez y erudición. Se revela en ellos, además, una entereza moral no común en los tiempos que corren y una menos común devoción literaria, que le ha procurado un bagaje de lecturas en verdad formidable. De esto se deriva lógicamente un gusto afinado y una exigencia temible. Pero este rigor lo vuelve también con igual estrictez Enrique Espinoza hacia él mismo.—*María Carolina Geel*



“ENTRE EL OLVIDO Y EL SUEÑO”, de *Mario Dazán*. Ediciones
“Los Afines”, San Fernando

En un clima de suaves tonalidades surge este canto nuevo de “sueño y olvido”, que Mario Dazán entona desde su provincia de Colchagua.

Alzado sobre su propia melancolía, este poeta viene a mostrarnos su realidad íntima y dolorosa, y su emoción desbordada en una clara corriente de impresiones nos hace participar en el transcurrir mismo de sus vivencias.

No recurre Mario Dazán al empleo de cuidadas cifras retóricas ni a repeticiones de fórmulas para decir su necesaria e inevitable